

JOSE MARTI... EPILOGO

Rafael Cepeda

Sin que haya pretendido cubrir en este libro todas las ópticas posibles sobre el tema «religioso» en los estudios martianos ni gozar los análisis correspondientes, sí creo que hay una obra cumplida en la búsqueda, la organización y la vertebración de asuntos que nos despiertan con su luz esplendente y nos retan a continuar en una reflexión tensa y desvelada. Ha sido este un largo forcejeo con muchas palabras, muchas ideas y muchos aconteceres en una vida de singulares proyecciones.

Lo permanente en José Martí, lo que lo hace Héroe Nacional cubano y a la vez el más destacado americanista de «Nuestra América», es su entusiasmo vital por servir a los hombres y su oído pegado a la tierra del pueblo, en la escucha de sus clamores. Para cumplir su deber de escritor no dejó fuera tema alguno que decida sobre el destino humano. Aquí es donde entra su interés -y su manifiesta preocupación- por lo religioso y lo escolástico de su tiempo vivencial, que fue la segunda mitad del siglo XIX. Muy aleccionadora nos resulta esta observación de Juan Marinello:

No recibió Martí más activo ni de la historia ni del temperamento, sino de la realidad de carne y hueso que le cercaba el ansia de servicio. De vivir hoy, se

*preguntaría por dónde apunta para el mundo la claridad más plena, por qué caminos alcanzan ahora los hombres la igualdad que él quiso. Pero no gustamos de dialogar con fantasmas ni de sacar a los hombres de los alvéolos formadores que les dieron su ser trascendente. Lo que importa es traer a Martí a nuestro tiempo, a un tiempo que no es el suyo, el que lo hizo, aunque en mucho ande su palabra; lo que interesa es que otorguemos permanencia a una postura profundamente martiana: la de pelearse con lo de hoy, que está vivo y actuante, y no con lo de ayer, que está muerto y enterrado. No se concibe el martismo sino como indagación actualísima, como reacción generosa, afilada y pronta contra lo que retarda la total justicia. Adquiere aquí un nuevo sentido real y simbólico la enseñanza bíblica de la mujer de Lot: quien mira hacia atrás quedará en estatua inmóvil y será en definitiva piedra de trinchera para los enemigos del hombre, para los enemigos del impulso martiano («La más alta lección», en **Ensayos**, 1977).*

Vamos entonces a pelearnos con lo de hoy. La realidad cubana y latinoamericana -sus movimientos de liberación política, económica y social- demandan de los creyentes y las iglesias lo que Martí plantea como deber pleno: un sentimiento de novedad funcional, de árbol en necesidad de sacudimiento y tala, y seguidamente -ya aligerados de dogmas y estructuras que frenen- un volcamiento hacia «la hora de los hornos», hacia «la hora del encuentro y la marcha unida».

Martí realizó una tarea ejemplar de enjuiciamiento al despreciar y condenar las leyes esclavistas y las corrupciones eclesiásticas, y a la vez descubrir vetas riquísimas de verdad y virtud en la fe cristiana, perfectamente válidas como instrumentos de liberación. Con los escritos aquí presentados Martí abre una compuerta que los cristianos cubanos y latinoamericanos tardan en descubrir: la de la ética teológica. En este sentido, desde su hora, mirando hacia la nuestra, Martí, previó y fundó.



El mensaje martiano sobre «nueva religión» y «nueva iglesia» nada tiene que ver con teorías y afanes positivistas y existencialistas generalmente desvirtuadores, sino con lo que él llama «una fe diversa», «una fe científica» (19-363), la que cala mucho más hondo, porque parte desde la ética de compromiso con la «dignidad plena del hombre» y el bienestar de toda la creación. Martí llama a los cristianos y a las iglesias a la ubicación terrenal, al desentrañamiento histórico, a la búsqueda de la justicia, al establecimiento de la paz, al ejercicio del decoro, a la práctica

de la virtud, en la incesante gimnasia de una vida plena. El mensaje bíblico y el mensaje martiano se expresan en términos de historia, de acción y de cambio.

De aquí que este libro quisiera ser una voz que trasmite una llamada de atención a los hombres y a las comunidades que sienten dentro de sí mismos -como Martí- el potencial de la virtud, el brío interno que demanda una acción externa, la conciencia misiológica que arrastra el ejercicio apasionante del amor, «la única fuerza enérgica» (22-218). De otro modo «a amar con explosiones, no con palabras» (6-432).

Los libros tienen generalmente «dedicatorias», en recuerdo de algo o de alguien, en sus primeras páginas. Este en las últimas, contiene un «envío». Envío este mensaje crítico-martiano desde Cuba a los creyentes y no creyentes de nuestra América en cuyos corazones se bate la sangre vicaria, porque claman agónicamente por la liberación total y universal, convencido como estoy de que la mancomunidad desatadora debe nutrirse de fuentes cristianas y martianas al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Si la Iglesia Cristiana -en todas y cada una de sus instituciones- es en verdad «el pueblo de Dios» (epíteto con que ella se autodenomina), entonces no puede ser indiferente o neutral ante su propia responsabilidad de fermento en la masa, de canal de comunicación, de «una buena noticia que será de mucha alegría para todo el pueblo» (Lucas 2:10). ¿Qué Iglesia es esa que acapara para sí, o distribuye a cuentagotas entre sus preferidos las promesas de que es portadora: de paz, de justicia, de alegría, de reconciliación? ¿Qué Iglesia es esa que esconde de los victimizados y desheredados de la tierra los instrumentos de lucha social que el propio Jesús utilizara, y espiritualiza los textos bíblicos que condenan la explotación de los pobres, y llaman a la rebeldía y al ejercicio justiciero?

La Iglesia pierde su identidad cuando no siembra la semilla revolucionaria del Evangelio, de la Escritura toda, que es una proclama de liberación; cuando no escucha las oraciones que están implícitas en los gritos de dolor y de rabia de los miserables y oprimidos, porque Dios si escucha: «Bien visto tengo la aflicción de mi pueblo, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces» (Exodo 3:17). Los irredentos, los expoliados, son el metro que mide -tanto para los creyentes como para los que no lo son- cuán estrecho e injusto es un sistema, y cuánta inautenticidad hay en la ética proclamada solo con palabras, lo que constituye la ofensa mayor a la dignidad humana, y a la causa mayor de radicalización ideológica y de acción revolucionaria. La Iglesia es depositaria y responsable de la ejecución de los planes de Dios en el proyecto histórico que se encuentra en Jesucristo. En su muerte se dinamiza la Historia, la que culminará al fin en la total paralización de la injusticia y de la unidad amorosa de todos los pueblos en la libertad de Dios. Al cabo, la «nueva religión» y la «nueva Iglesia» que Martí proclama constituirán un retorno a «la identidad primogenia, a la funcionalidad plena de la virtud y la verdad».

Entre numerosas coincidencias que he señalado de lo cristiano y lo martiano, resalta ésta de un objetivo común: la liberación integral de la persona humana. Por

tanto, bajo esta advocación pueden paralizar sus caminos creyentes y no creyentes, con su inmensa variedad de matices y literaturas porque lo que se demanda con urgencia en América Latina es una acción redentora, no un «diálogo» interminable, y muchísimo menos un antagonismo tozudo, negativista y obstruccionista.

Ni siquiera cabe un desconocimiento premeditado, o una marginación injustificada, por ninguna de las partes. Y aquí alerta a unos y a otros, porque ya se ha comprobado que en ocasiones los que se mueven en el ámbito eclesiástico se arrogan todas las virtudes y santificaciones, y desdeñan a los de extramuros, y que en ocasiones los activistas revolucionarios nada quieren saber de los «flojos» y «blandengues» que tratan de vivir según los principios de la fe cristiana. A los primeros les recuerdo la conclusión a que arriba el apóstol Pablo después de muchos zigzagueos y bandazos: «verdaderamente reconozco que Dios no hace diferencias entre las personas sino que acepta a todo el que honra porque obra justamente». «Dios no ha hecho ninguna distinción entre nosotros y otros». (Hechos 10:34-33; 15:9). A los segundos estas palabras de José Martí: «Pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: *CON TODO Y PARA EL BIEN DE TODOS*» (4-279). Y para unos u otros conjuntamente, esta prédica del cubano ejemplar:

¿Qué dónde estoy? En la revolución, con la revolución. Pero no para perderla, ayudándola a ir por malos caminos, sino para poner en ella, con mi leal entender, los elementos que -aunque no sean reconocidos al principio por la gente de poca vista o mala voluntad- serán los que en las batallas de la guerra, y en los días difíciles y trascendentales batallas de la paz, han de salvarla. (23-73). ¿Quién hará lo que tenemos que hacer, y nadie podrá hacer, ni nadie, si no lo hacemos todos juntos?

¿Qué falta como meta final? Solo transcribir, para tener por divisa, algunas palabras martianas que nos sirvan en esta hora para darle fuerza a nuestro pensamiento y programa certero a nuestra lucha:

El amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el alma al cinto (4-273).

En el corazón, el Evangelio, entre las cejas, la prudencia; los brazos a cuantos los quieran, y el alma desvainada (1-403).

O si prefieren como consigna, fundidas así:

El Evangelio del amor en el corazón; la prudencia entre las cejas y los ojos en la costa; la mano en la América y los brazos a cuantos los quieran; y el arma al cinto o desvainada.

En: CEHILA, 43-44, Oct. 92-enero 93. CEPEDA, Rafael, **Lo Etico-cristiano en la Obra de José Martí**, Centro de Información y Estudio Augusto Cotto, CEHILA-Cuba, 1992.

